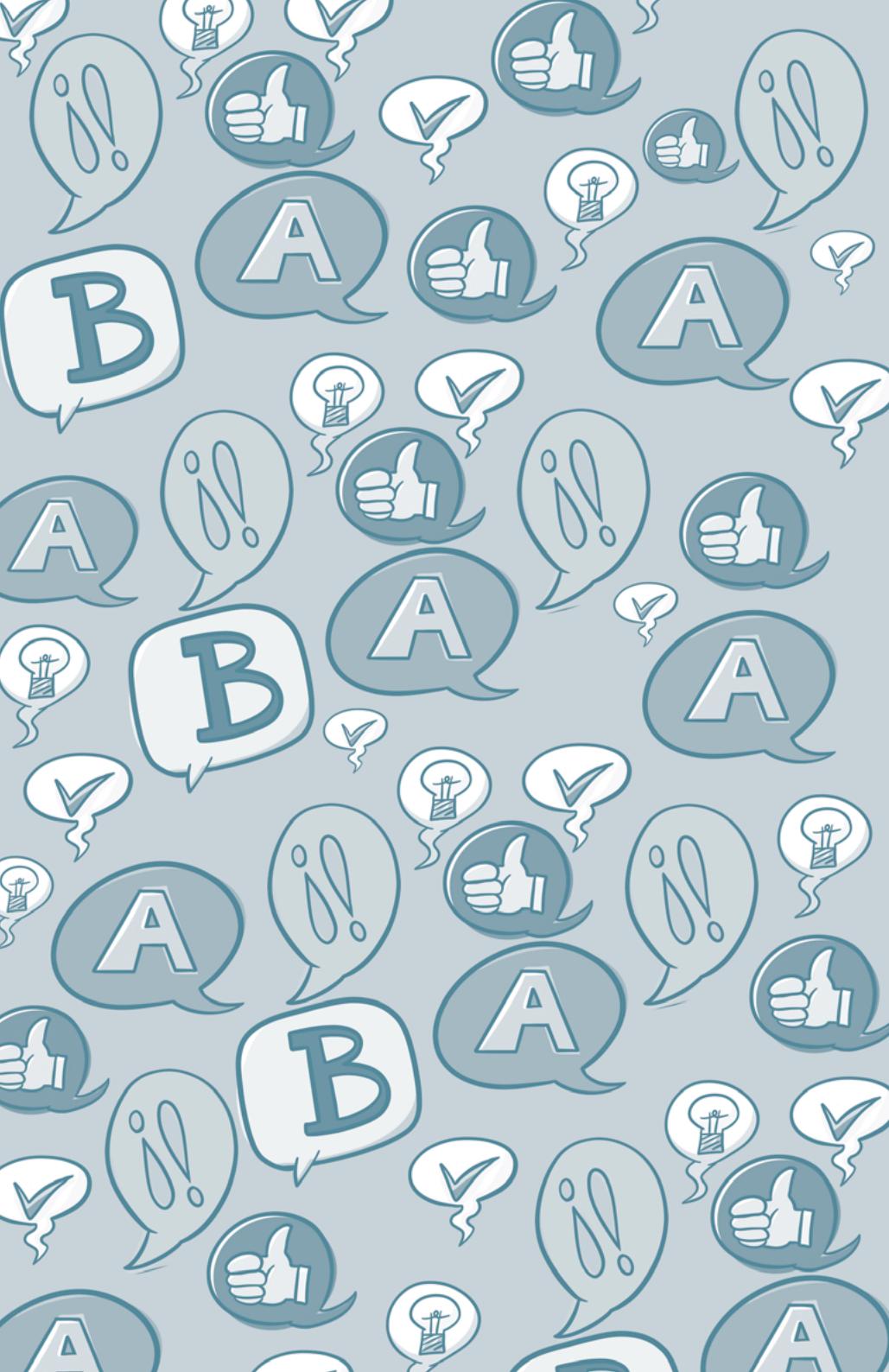


¿CÓMO RECUPERAMOS LA POLÍTICA?

Jesús Silva-Herzog Márquez

¿CÓMO RECUPERAMOS LA POLÍTICA?

Jesús Silva-Herzog Márquez



¿CÓMO RECUPERAMOS LA POLÍTICA?

Jesús Silva-Herzog Márquez

Colección Caleidoscopio
Serie Para Entenderlos

INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DEL ESTADO DE JALISCO

CONSEJERA PRESIDENTA

Paula Ramírez Höhne

CONSEJERAS Y CONSEJEROS ELECTORALES

Silvia Guadalupe Bustos Vásquez

Zoad Jeanine García González

Miguel Godínez Terríquez

Moisés Pérez Vega

Brenda Judith Serafín Morfín

Claudia Alejandra Vargas Bautista

SECRETARIO EJECUTIVO

Christian Flores Garza

DIRECTOR EJECUTIVO DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y EDUCACIÓN CÍVICA

Carlos Javier Aguirre Arias

DIRECTORA EDITORIAL

Sayani Mozka Estrada

¿CÓMO RECUPERAMOS LA POLÍTICA?

Jesús Silva-Herzog Márquez

Esta obra se produjo para la difusión de los valores democráticos, la cultura cívica y la participación ciudadana, por lo tanto, es gratuita.

¿Cómo recuperamos la política?

1^a edición, 2024.

D. R. © 2024, Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco.

Parque de las Estrellas 2764, col. Jardines del Bosque
C.P. 44520, Guadalajara, Jalisco.

www.iepcjalisco.org.mx

ISBN:

Todos los derechos reservados conforme a la ley.

Impreso y hecho en México.

Contenido

Presentación	9
Fabular con trogloditas	13
Un lenguaje común	26
Cuidar la política, cuidar la democracia	41
¿Quién es Jesús Silva-Herzog Márquez?	52

Presentación

En el marco de la celebración de la XXXVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL), como parte del Programa General de Actividades del Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco, en la FIL, se realizó la Conferencia Magistral de Invierno a cargo del intelectual mexicano, Jesús Silva-Herzog Márquez.

Fiel a su actividad catedrática y a su gusto por el intercambio de ideas y el debate, la suya fue una conferencia no solo magistral, en el sentido expositivo, sino la ocasión para abrir una disertación pública, que más bien tuvo el tono de una conversación amena —y no menos erudita—, de proximidad con el público asistente, en la que Jesús, en un tono más bien lúdico, articuló sus reflexiones en torno a una pregunta más que pertinente, ¿cómo recuperamos la política?

Para poner en perspectiva el valor de dicha interrogante, Jesús Silva-Herzog hizo uso de sus múltiples recursos para el análisis y el abordaje de las ideas políticas, incluso fabuló y trajo a cuenta la obra de Montesquieu, "Las Cartas Persas", en la que el autor francés, discurre sobre una sociedad que se aparta de toda

autoridad, y lo hace por consenso, a través de la voluntad de los individuos que deciden liberarse del yugo del monarca, de los mandatos de los magistrados y, en términos llanos, hacer lo que mejor les plazca, sin control alguno y en libertad absoluta.

En su disertación, Silva-Herzog Márquez precisó cómo la ausencia de autoridad “impuso, lo que podríamos describir como la utopía de la antipolítica. La utopía de esa sociedad en la que no hay ninguna cadena de mando, ninguna red de articulación de los intereses colectivos”. Al fabular con la historia de Montesquieu, sobre una sociedad de trogloditas, explicó cómo los deseos e intereses particulares fueron quedando por encima de los del colectivo; la libertad absoluta y el individualismo se contrapusieron a las aspiraciones y tareas por construir lo común, hasta que la tragedia le sobrevino a una familia que necesitó de la ayuda de los otros.

En esa búsqueda del otro, en la acción de lograr el consenso en pos de lo que es mejor para todos, o para la mayoría, sin pasar por encima de quienes son minoría o piensan distinto, Silva-Herzog Márquez trae algunas de las nociones sobre política de la filósofa alemana Hannah Arendt. “La política es ese espacio que nos permite a todos, en conjunto, darnos cuenta de qué es lo que queremos todos en común. La política es esa forma de la conversación que, sin sofocar las diferencias de cada una de las personas, logra encontrar un propósito común”. Para saber, para conocer qué es lo que tenemos en común, lo que hace falta —nos recuerda nuestro autor— es el diálogo.

Abrirse al diálogo, al contacto con los otros, implica que haya aportaciones de ida y vuelta; que nos sentemos a platicar con quien piensa distinto, sin que medie la descalificación y la imposibilidad para el intercambio a otras formas de pensar, distintas a la propia. Porque es mediante la interacción, y no del aislamiento, lo que permite conocer mejor al otro, sus deseos, necesidades y aspiraciones.

Precisamente, con la publicación de este primer título *¿Cómo recuperamos la política?* de la Serie Para entendernos, nuestro propósito desde el IEPC Jalisco, es abrir el entendimiento de las ideas, los conocimientos y las nociones complejas a una publicación más de corte de divulgación, en el afán de acercar a nuestro público lector, al pensamiento de uno de los intelectuales más destacados, en la actualidad, en México.

De ahí la pertinencia de esta primera publicación en la que el autor pone el énfasis en la necesidad del diálogo como una práctica para recuperar la política. Tal vez, si hiciéramos caso y comenzáramos a dialogar, sin buscar el aniquilamiento del otro, incidiríamos en el fortalecimiento de nuestra democracia y de nuestra convivencia en colectivo.



Fabular con trogloditas



Me siento muy contento, muy emocionado de estar aquí, en este espacio, rodeado de libros, en honor a Octavio Paz, uno de nuestros más grandes escritores e intelectuales, para hablar sobre el tema de nuestro tiempo: la pérdida de la política, del abandono de la política.

Agradezco al Instituto Electoral y Participación Ciudadana, especialmente a Paula Ramírez, por esta invitación para estar con ustedes e incorporarme a esta serie de eventos que, me parece, ponen el acento donde debe estar: en la recuperación de la política. Me parece muy estimulante tener estas conversaciones alrededor de esta clave, que es la de la recuperación de la política. Creo que está puesto, con una extraordinaria pertinencia, el sentido de estos diálogos que el Instituto Electoral hospeda, en estos días, en Guadalajara.

(...) una fábula que nos retrata de manera muy elocuente sobre las consecuencias que tiene el abandono de la política; qué significa abandonar, desentenderse de la política

Me gustaría proponerles empezar esta conversación sobre la recuperación de la política, desde la perspectiva de una fábula, que nos retrata de manera muy elocuente, qué consecuencias tiene el abandono de la política; qué significa abandonar, desentenderse de la política, a partir de lo que nosotros podemos encontrar en una de las piezas ignoradas de la filosofía política occidental.

Viene de un anónimo, pero fue en realidad, una pieza de Montesquieu. No es la obra que se conoce más públicamente, su tratado clásico sobre "El espíritu de las leyes", sino un libro, podríamos decir, una novela epistolar que publica con mucha prudencia —porque lo hace como un anónimo— sin poner su autoría en el frente de este libro, que son las "Cartas persas". En la carta número 11, una muy famosa de esta novela epistolar, está lo que podríamos describir como la fábula de los trogloditas, que es una manera en la que Montesquieu se acerca a ese modo de entender la política a partir de la noción de ausencia de la política.

En esa tradición, que llega a su culminación seguramente con la visión roussoniana del contrato social, hay un momento en el que no hay política, después de un instante en donde se traza el pacto de asociación



entre los individuos, y finalmente, que es lo que se produce en esta estructura a partir del pacto de la coincidencia de voluntades.

Montesquieu no hace ese trazado tan abstracto, sino que lo hace a partir de una fábula sobre un pueblo árabe de personas que no tienen un sentido de la equidad y de la justicia. Un grupo de personas, dice Montesquieu, que se parecían muchísimo a nosotros porque no eran peludas, tenían dos ojos y la misma conformación anatómica que nosotros, pero no tenían ningún sentido de justicia, no encontraban ningún impulso de cooperación cívica. Y cuenta en esta fábula —que me parece una alegoría de la imperfección de la política, de la fugacidad de toda



forma de gobierno— que en algún momento tuvieron un gobierno monárquico, a partir de la invasión de un monarca extranjero que se hizo del control de este pueblo de trogloditas, hasta el momento en que los habitantes asaltaron el palacio, degollaron al monarca y se liberaron del despotismo de la monarquía.

Tuvieron después un régimen que podríamos entender como republicano, en el que los trogloditas votaban por sus magistrados y tenían, por lo tanto, una relación con aquellos que habrían de gobernarlos. Hasta que se hartaron de ellos, fueron por todos esos magistrados electos, los aniquilaron y regresaron a este espacio de libertad absoluta en donde cada quien hacía lo que le daba la gana. Y se impuso, de esa manera, lo que podríamos describir como la utopía de la antipolí-

¿Qué es lo que sucede cuando triunfa el desprecio hacia la política?

tica. La utopía de esa sociedad en la que no hay ninguna cadena de mando, ninguna red de articulación de los intereses colectivos.

Lo que plantea Montesquieu es ¿qué es lo que sucede cuando triunfa el desprecio a la política?, ¿qué sucede en una sociedad en la que no hay mecanismos de coordinación, en donde no existen pistas de confianza y no hay un orden común? Esto que podríamos decir es el paraíso libertario —algo que seguramente el presidente electo de Argentina, Javier Milei, describiría como una fantasía



Esta idea de la pérdida de la política, del abandono de la política, nos enseña esta fábula de Montesquieu, en el fondo, es una estrategia suicida.

de libertad— es un espanto para Montesquieu, porque lo que dice, es que en todos hay la conciencia de que cada quien debe dedicarse a lo suyo y solamente a lo suyo: yo trabajo para cultivar mi parcela y me da igual lo que suceda en la parcela vecina; yo no tengo absolutamente ningún compromiso con lo que suceda en un espacio que no sea estrictamente el personal, el mío.

¿Qué sucede en este espacio?, dice Montesquieu. Resultó que en aquel pueblo en el que no había ningún sentido de equidad, de justicia, en donde no había ninguna fórmula de confianza interpersonal, sucedió que un buen día una mujer —tendría que subrayarlo Montesquieu para darle sentido literario a este episodio—, la más hermosa de todo el pueblo de los trogloditas, fue secuestrada por un hombre.

En ese momento, la familia de la mujer secuestrada va en busca de la ayuda de alguien más para rescatar a esa mujer que ha sido capturada, y esa persona a quien acuden, que había sido en el episodio republicano una de las personas más respetadas, una de las personas que se consideraba más valiosas dentro de la comunidad, les dijo, bajo este nuevo régimen de desconexión absoluta con la comunidad:



—A mí me da igual, yo no tengo por qué perder el tiempo tratando de ayudar a una mujer que no es mía, que no forma parte de mi familia y, por lo tanto, cada quien ha de resolver sus propios problemas.

Este abandono de la política tiene de inmediato una respuesta en esa fábula, y es que, la hija de ese hombre que se desentendía de la política, que se desentendía de la comunidad, la hija de ese personaje es de inmediato raptada, por lo cual no hay nadie que venga en su auxilio. Esta idea de la pérdida de la política, del abandono

(...) no se premia, no se saluda la información que está sustentada en pruebas, en evidencias, en datos, que pueda tener una solidez objetiva, sino que se premia aquella expresión que es directa formulación de las emociones.

de la política, nos enseña esta fábula de Montesquieu, es en el fondo, una estrategia suicida. Cuando uno dice "lo único que me importa es lo propio, lo mío", en realidad, uno no es siquiera capaz de cuidar lo propio.

Me parece que este asunto no tiene simplemente referencias literarias antiquísimas, del tiempo de la Ilustración francesa, sino que en este momento cobra una vigencia quemante, que estamos viendo en prácticamente todos los órdenes sociales, en todos los rincones del planeta. Un desprecio por aquellas pistas que nos hacen compartir un lenguaje común, un código compartido, y que de esa manera nos permiten recuperar esa base hospitalaria que tiene que ser, que debe ser, la política.

Creo que para la recuperación de la política se necesita recuperar el sentido y el valor de la verdad. Vivimos en tiempos en los que se habla una y otra vez de que estamos regidos por un código distinto, el código de la posverdad. Un espacio en el que no se premia, no se saluda la información que está sustentada en pruebas, en evidencias, en datos, que pueda tener una soli-

dez objetiva, sino que se premia aquella expresión que es directa formulación de las emociones.

No importa tanto si eso es verídico, no importa si eso es auténtico, si eso expresa la pasión, la emoción, la rabia, el temor, la angustia de quien está hablando. Aquel que grita fuerte, aquel que insulta con vehemencia parece tener mayor recompensa en el espacio público que quien tiene la aburrida labor de decir "esto es lo cierto", "este es el escenario de la verdad", "este es el marco objetivo en el que debe enmarcarse nuestra discusión, nuestra polémica", el espacio ríjoso, muchas veces, de las opiniones.



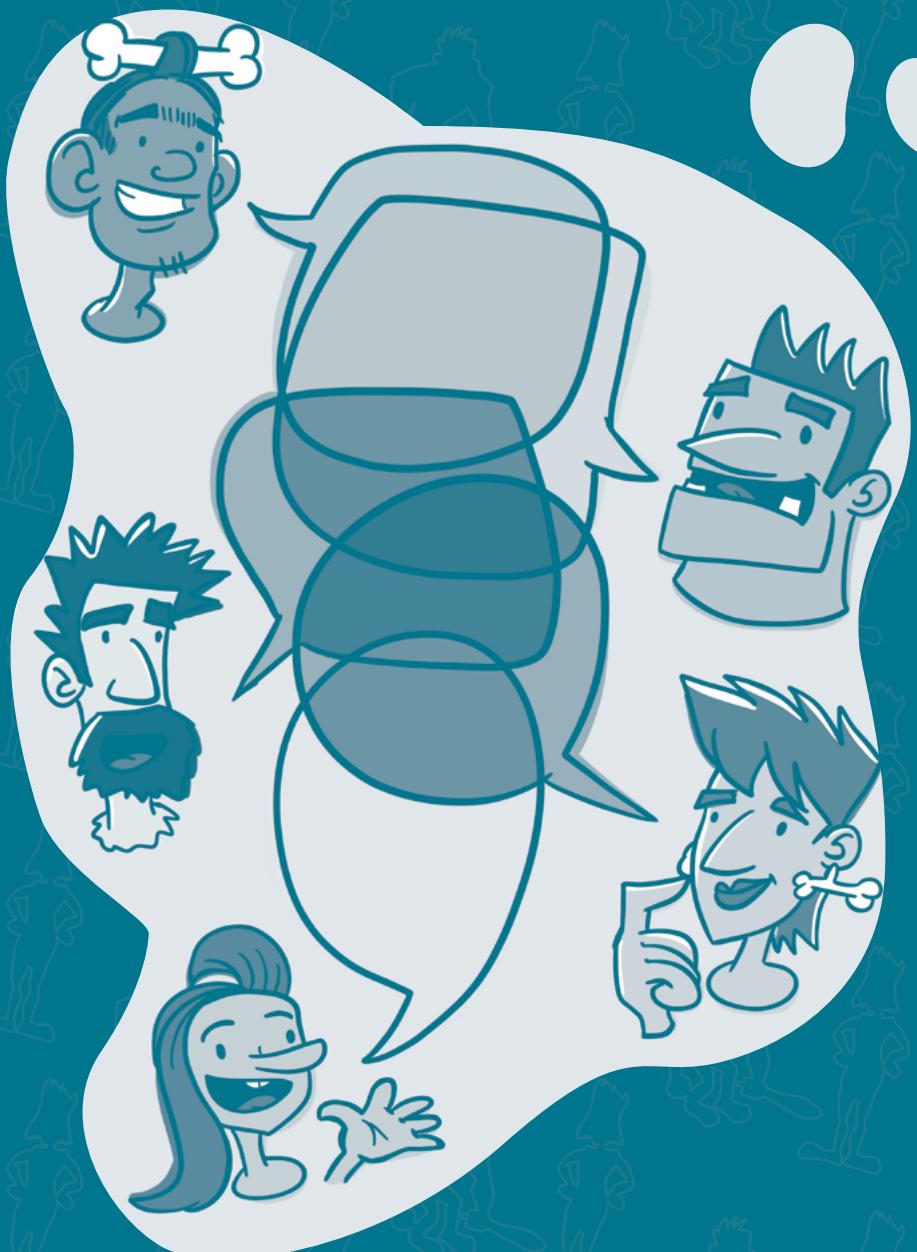


“ Bien veo, trogloditas,
que empieza a seros
gravosa vuestra virtud
(...) y queréis someteros
a leyes menos rígidas
que vuestras costumbres.

¿Cómo he de dar
preceptos a un troglodita?

¿Queréis que ejecute
él acciones virtuosas
porque yo se las mando,
pues sin mi mandato
las haría sólo siguiendo
su inclinación natural? ”

*Cartas Persas
Barón de Montesquieu*





Un lenguaje
común



En el cartel que vemos allí, hay un circulito que a mí me parece que deberíamos atender; es una idea que tiene un poco el secreto de esta serie de conversaciones. Es un círculo en el que se encuentra el retrato de una mujer que fuma: es el retrato de Hannah Arendt. Me parece que esta es una buena clave para encontrar estrategias para la recuperación de la política. En primer lugar, porque no nos indica un camino sencillo. Nos advierte que no es sencilla esta relación entre la verdad y la política: la política y la verdad tiene relaciones complicadas, para decirlo de alguna manera. La política nunca ha sido una gran amiga de la verdad y tienen relaciones complejas.

El pensar que la política pueda asentarse en una noción única de verdad, es una idea totalitaria, es una idea asfixiante, porque lo que alimenta la política —y particularmente lo que alimenta la política democrática— no

es una verdad incontrovertible, sino que es justamente lo contrario, el hecho de que uno ve las cosas de manera distinta a la del otro, que uno tiene valores y propósitos diferentes al de enfrente, y por eso, la política se refresca en aquello que no podemos decir “esto es verdadero y esto es falso”.

La política nunca ha sido una gran amiga de la verdad y tienen relaciones complejas

La posición de una ideología no tiene méritos simplemente porque sea “la verdad”, sino porque resulta seductor, porque resulta persuasivo, porque conecta intelectual y emocionalmente con las vidas de la ciudadanía. Pero sí debemos nosotros advertir —dice Hannah Arendt— que no podemos entablar una conversación si no tenemos un lenguaje común. No podemos polemizar, no podemos discutir, no podemos enfatizar nuestras diferencias o detectar nuestras afinidades, si no hablamos ese lenguaje que debe asentar que hay asuntos incontrovertibles, asuntos que son verdaderos y que deben defenderse como tales, es decir, esa cazuela en donde debemos nosotros admitir que, teniendo linderos firmes, puede albergar visiones distintas, perspectivas diferentes. Esto es, a mi juicio, lo que está en peligro en nuestros días.

No solamente porque este sea un asunto intemporal, seguramente no hay nada nuevo bajo el sol, pero hay momentos en los que vemos la acentuación de las amenazas a la política: la mentira, la falsificación, la manipulación; han existido desde que existe la humanidad, pero nunca hemos tenido, desarrollado tecnologías para la falsificación, como ahora, como las que tenemos cada uno de nosotros en nuestros teléfonos; permiten la simulación de la voz de una persona a la que podemos hacer decir lo que se nos da la gana, siendo, pues, muy convincente que una candidata presidencial está diciendo lo que nosotros queremos hacerle que diga para perjudicarla, para aplastarla públicamente. En ese sentido, hay un riesgo enorme de las democracias contemporáneas, un riesgo enorme para la política contemporánea,



No podemos entablar una conversación si no tenemos un lenguaje común. No podemos polemizar, no podemos discutir, no podemos enfatizar nuestras diferencias o detectar nuestras afinidades, si no hablamos ese lenguaje

que es el asentamiento del valor como una virtud crucial para el espacio político, para el espacio democrático.

No solamente triunfa la mentira, sino que se impone la idea de que la verdad es irrelevante, de que la verdad nos da igual porque no importa lo que sea cierto, sino que, lo que verdaderamente cuenta es cómo me hace sentir a mí esa información, si me hace unirme a una tropa violenta, furiosa, angustiada; si perdemos ese referente de veracidad, me parece que lo que está en peligro, es esa dimensión de la convivencia política.

La verdad, decía hace un momento, es una plataforma, pero no puede ser jamás un espacio que cierra las discusiones y en el que autoritariamente se le dice a quien discrepa: "eso no es verdad y, por lo tanto, tú te callas". Lo que debe hacer la verdad es abrirnos el espacio del diálogo, de la conversación, de la discrepancia, de la deliberación. Y estando en un espacio que honra a Octavio Paz, me parece que hay que recordar lo que decía el poeta, en referencia a nuestra terrible incapacidad para la democracia, hablando de nuestro país: nuestra

gran incapacidad histórica para la democracia es nuestra dificultad para dialogar.

Octavio Paz habló en párrafos muy memorables sobre la cultura del ninguneo. Aquel episodio en "El laberinto de la soledad", en el que abre la puerta de su casa, se encuentra con la trabajadora doméstica y pregunta:

—¿Hay alguien en la casa? —y ella le responde:

—No hay nadie, solo yo.

Ese ninguneo empieza por uno mismo, invalidándose como sujeto político, como un sujeto cívico, que se niega a sí mismo y le niega a los demás su carácter ciudadano.



El diálogo tiene enormes dificultades en este momento porque creo que no solamente nos enfrentamos a esa larga tradición de encarar a la idea contraria con el desprecio. "No atiendo la opinión que no coincide con la mía, la ignoro, cierro los ojos ante la opinión discrepante", sino que existe también la otra actitud de tratar de aplastar al que piensa distinto, entendiendo que no hay allí solamente una diferencia de opiniones, sino que hay una lacra moral en el otro.

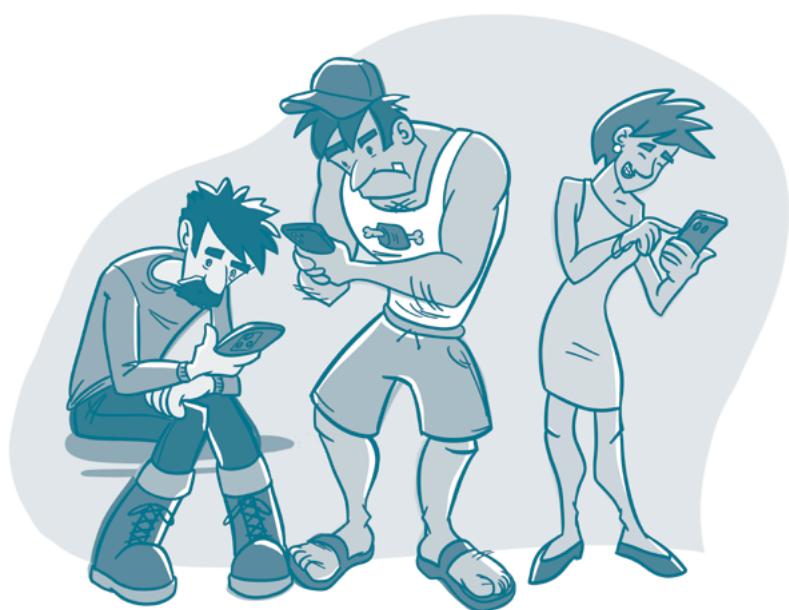


(...) se impone la idea de que la verdad es irrelevante, de que la verdad nos da igual porque no importa lo que sea cierto, sino que, lo que verdaderamente cuenta es cómo me hace sentir a mí esa información.

Esa podría ser una de las pruebas, decía Jaime García Terrés, del talante liberal: un hombre que tiene una actitud liberal frente al mundo es aquella persona que puede entender perfectamente que la otra persona tiene ideas distintas, y no por eso pensar que es moralmente sucio, que tiene problemas éticos, sino que ve las cosas de manera distinta, tiene una información diferente, valora la coyuntura con claves diferentes, pero no es que sea una persona viciosa. Como tendemos a pensar en nuestros tiempos, es que aquel que está del otro lado no está equivocado, sino que es perverso, es siniestro, es que es un corrupto, es un inmoral y, por lo tanto, yo no tengo nada que hacer con esa persona, no me voy a sentar a tomar un café con ese sujeto porque tal vez me contamine con su perversidad, por lo tanto, cada quien a su tribuna, aislado en su rabia.

Este diálogo cuenta también ahora con la enemistad de las tecnologías contemporáneas. Quizá estoy siendo en esta conversación muy nostálgico al señalar las lacras que pueden aparecer en nuestros dispositivos tecnológicos, pero creo que lejos de lo que se imaginaba hace unos cuantos lustros, que la red nos permitiría expandir

nuestro horizonte, salir del encierro provinciano, local, tribal, de nuestra pequeña visión del mundo, de nuestra ideología, y por lo tanto, entrar en contacto con otras perspectivas, la verdad es que, al paso del tiempo, con lo que nos hemos encontrado es con tecnologías extraordinariamente talentosas para encapsularnos en nuestros prejuicios de una manera mucho más hermética de lo que existía antes; en donde nuestros espacios comunicativos en buena medida alentaban, permitían la aparición de perspectivas, de voces, de reflexiones polémicas, disparejas, que pudieran enriquecer nuestra visión. Es decir, lo que hemos perdido, o lo que está bajo amenaza, es la posibilidad de entrar en una conversación con otros. Me detengo en esta última palabra porque quiero regresar



Al paso del tiempo, con lo que nos hemos encontrado, es con tecnologías extraordinariamente talentosas para encapsularnos en nuestros prejuicios de una manera mucho más hermética de lo que existía antes...

a la mujer del circulito amarillo, Hannah Arendt, pues creo que este es uno de los asuntos que está en el centro de nuestra concepción política.

Hay un extremo en la concepción de la política que es la idea schmittiana —de Carl Schmitt— de pensar que la política es básicamente una guerra. Nosotros hemos de organizarnos para darnos cuenta de qué es lo que nos da cuerpo común. Y aquello que nos da cuerpo común se encuentra fundamentalmente porque tenemos un enemigo que nos amenaza a todos en conjunto. Nosotros somos este país porque tenemos una potencia que nos amenaza; nosotros somos este pueblo porque tenemos invasores que nos están desafiando cultural y religiosamente; nosotros somos pueblo porque tenemos a unos oligarcas que nos explotan y la política consiste en preparar el contingente bélico para derrotar al enemigo.

No encuentro una mejor réplica a esa visión de la política, que es tan vigente, que la vemos representada teatralmente en prácticamente todos los rincones del planeta; no encuentro una mejor réplica a esa visión bélica



que la perspectiva de Hannah Arendt sobre lo que significa la política. La política no es una relación burda de poder en donde uno opriime con su puño al débil. La política no es una magnificación del asalto de un ladrón que, con una pistola, nos exige que le entreguemos la cartera, o que le entreguemos mensualmente los impuestos. La política es ese espacio que nos permite a todos, en conjunto, darnos cuenta de qué es lo que queremos todos en común. La política es esa forma de la conversación que, sin sofocar las diferencias de cada una de las personas, logra encontrar un propósito común; logra detectar que todos los que estamos en este espacio —sin tener que uniformarnos todos con el mismo abrigui-

La política es ese espacio que nos permite a todos, en conjunto, darnos cuenta de qué es lo que queremos todos en común. La política es esa forma de la conversación que, sin sofocar las diferencias de cada una de las personas, logra encontrar un propósito común.

to— podamos convivir, existir juntos, negociar nuestras diferencias, pactar lo que nos hace personas en conjunto. Ese diálogo, esa conversación, me parece que es la que está bajo amenaza en estos momentos, y que estará cada vez más amenazada a medida en que se acerque el reloj para el día de la votación.*

* El autor se referiere al día de las elecciones del 2 de junio en México



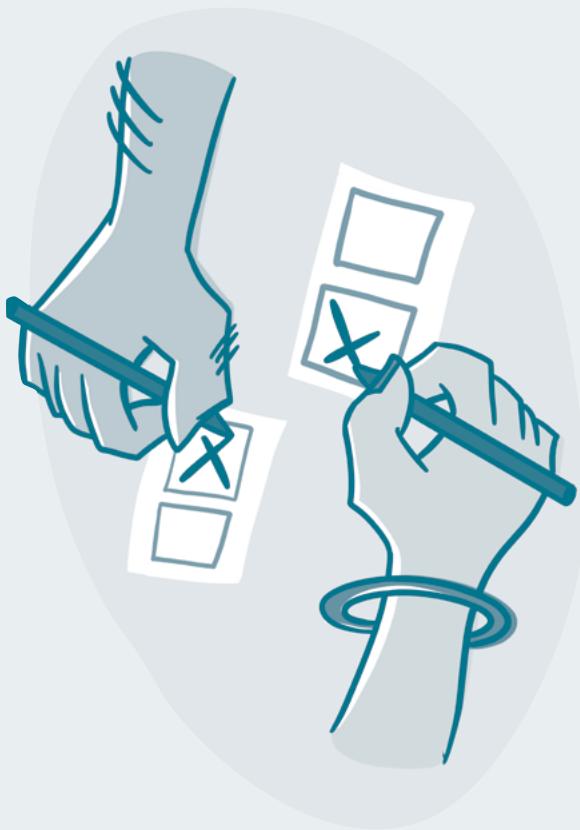
“ Toda relación establecida por la acción, al involucrar a hombres que a su vez actúen en una red de relaciones y referencias, desencadena nuevas relaciones, transforma decisivamente la constelación de referencias ya existentes y siempre llega más lejos y pone en relación y movimiento más de lo que el agente en cuestión había podido prever ”

Hannah Arendt





**Cuidar
la política,
cuidar la
democracia**



En los próximos meses... en las próximas semanas... se nos invitará seguramente a unirnos a una tropa. Una tropa cuyo propósito es el aniquilamiento simbólico, pero, sobre todo, la anulación de la existencia del otro. Me parece que uno de los actos de resistencia cívica más necesarios en este tiempo es el atrevimiento del diálogo, la valentía que supone, en este tiempo, no comprarse esas identidades excluyentes.

Se suele tachar la moderación como una especie de cobardía; eso lo escuchamos en muchos espacios, en la persona que ve el mérito en uno, el mérito en el otro, el defecto en el uno y en el otro; “este blandengue que no se pronuncia, que no se decide, que no se afilia, es un cobarde”. Me parece que, en este tiempo, la gran valentía está justamente en la capacidad de decir sí, pero no; aquí, pero también allá; y tener la capacidad de escuchar a los otros aceptando que, en uno y otro frente, habrá acusaciones de indefinición.

Uno de los actos de
resistencia cívica más
necesarios en este tiempo
es el atrevimiento del diálogo

Otro de los elementos que, me parece, podemos exprimir de aquella fábula con la que empezábamos esta conversación, es la idea de las consecuencias de este individualismo antisocial, esta noción de que el individuo se basta a sí mismo, que no necesita ninguna vinculación con nadie más.

La operación de la política implica, me parece, una labor que consiste en la búsqueda de la afinidad con los otros, de una necesidad de asociación con la comunidad en la detección de los asuntos comunes, de los valores comunes, de las afinidades que podemos nosotros compartir en el ámbito privado, escolar, gremial, de tal manera —y esta es, me parece, una de las grandes lec-

ciones de Alexis de Tocqueville— que podamos nosotros encontrar en la vinculación con los demás, en la organización social, este remedio a la soledad, este remedio al aislamiento que hace que la política no sea solamente este episodio —de pronto tan elemental— que podríamos nosotros encontrar en hacer, durante unos minutos una cola, recibir un papel con dibujitos, y ponerle una tache en un papel, para después ponerlo en una urna.

Qué poco nos exige el sistema democrático que no nos pide, ni siquiera una frase, no nos pide una palabra, nos pide un dibujo —que es una equis— y, sin embargo, diría, entre paréntesis, esta es la gran sabiduría del proceso democrático porque más allá de nuestro entusiasmo, nuestra pasión, nuestra información, todas esas



equis valen exactamente lo mismo, son números y, por lo tanto, ese es el momento único de la existencia plenamente democrática: [votar].

Pero, trataba de decir que, a partir de la vinculación con los demás, la democracia no es ese episodio, no es ese momento al que después de depositar ese papelito en la caja, tendríamos que esperarnos otros tres años para ver, para volver a hacer lo mismo, sino que es el espacio en el que podemos hacernos cargo de nuestra propia suerte en relación con los demás, que podemos nosotros exigir nuestros derechos, pero también poner en práctica nuestros intereses, nuestros propósitos, sin pedir permiso, sin subordinación a una jerarquía burocrática.

Finalmente, me parece que también habría que recuperar la política con algo que quizá es lo menos atracti-



Me parece que también habría que recuperar la política con algo que quizá es lo menos atractivo, lo menos sexy de la recuperación de la política, que tiene que ver con el cuidado de las instituciones.

vo, lo menos sexy de la recuperación de la política, que tiene que ver con el cuidado de las instituciones, de esos aparatos que de pronto podemos ver muy fríos, muy distantes, burocráticos, regidos por una serie de estatutos, de normas... Pero creo que, si estamos pensando en el cuidado de la política, lo que tenemos que cuidar también son estos vehículos que le dan solidez, permanencia, cauce a esas energías contrarias, contradictorias de la democracia. Cuidar ese vehículo que captura la energía social, que forma mayorías en busca de tener la capacidad de decidir, de acuerdo con la voluntad de la gente, y al mismo tiempo, cuidar esas instituciones que teniendo distancia de esa energía, puedan cuidar la justicia, la imparcialidad, la neutralidad del juego político.

En eso me parece que se juega, en todas partes del mundo, la suerte de la vida republicana. Esta es una batalla que podemos ver con muchos episodios: lo vemos en Israel, lo vemos en Polonia, lo vemos en Hungría, lo vemos en Turquía, lo vemos en Estados Unidos, en Brasil, en muchos espacios del planeta en donde la noción de la política va corroyendo esas columnas de estabilidad, previsibilidad, que pueden darle cauce a la vida política contemporánea.

La operación de la política implica, me parece, una labor que consiste en la búsqueda de la afinidad con los otros, de una necesidad de asociación con la comunidad.

Coincido, y con esto terminaría, en que son muchísimos los defectos que le podemos encontrar al régimen democrático. El régimen democrático no es particularmente talentoso para seleccionar los mejores liderazgos en una sociedad; no es muy ágil para procesar las diferencias y tomar decisiones inmediatas, firmes, legítimas, sino que suele ser un régimen bastante torpe, lento, vacilante. No es tampoco un régimen que nos provea un horizonte largo. Regreso a Octavio Paz para recordar lo que consideraba el mérito, pero, diría yo, también la fragilidad del sistema democrático.

Decía Octavio Paz, en ese ensayo muy polémico, pero que a mí me parece admirable "Posdata": la grandeza de la democracia es la misma grandeza del amor, su tiempo es el presente. Uno no quiere ir hacia delante, uno no puede prometer amor hacia adelante, esta es una experiencia de presente, y lo mismo, es el tiempo de la democracia. La democracia tiene como tiempo el hoy, es decir, no es seguir haciendo lo que hicieron nuestros ancestros, esto significa también no sacrificarnos nosotros por lo que van a disfrutar nuestros bisnietos, por el sa-



crificio de esta generación, sino que el tiempo de la democracia es hoy.

Eso es muy valioso, pero también nos da cuenta de que no hay un escenario para pensar las décadas, sino apenas los meses y los años. Decía el economista filósofo Jacques Attali, que no era ninguna casualidad que en democracia nadie se atreviera a construir una catedral. Qué presidente, qué primer ministro podría decir —estamos poniendo hoy la primera piedra de esta catedral que será inaugurada dentro de 325 años. No hay nadie que pudiera atreverse a mirar con esa ambición antidemocrática que se tuvo en otro tiempo y bajo otro régimen político.

Decía Octavio Paz, en ese ensayo muy polémico, pero que a mí me parece admirable, "Posdata": la grandeza de la democracia es la misma grandeza del amor, su tiempo es el presente; uno no quiere ir hacia delante, uno no puede prometer amor hacia adelante, esta es una experiencia de presente, y lo mismo es el tiempo de la democracia.

Pero, si podemos encontrarle todos estos peros a la democracia, todas estas dificultades, estos engorros que tiene el régimen pluralista, me parece que tiene un mérito que supera por mucho todas las miserias que le podríamos encontrar, y es que, es el único régimen que trata a cada ser humano como persona, que incorpora a cada ser humano como integrante de la ciudadanía, y que, por vía de esa participación, nos hace a todos responsables del destino común.

Me parece que, por eso, la recuperación de la política es tarea crucial de nuestro tiempo.



“En este país
de la simulación,
donde la honradez
es un sarcasmo
y la decencia
una utopía, solo
la poesía puede
ser un refugio
para la verdad.”

Jaime García Terrés

¿Quién
es Jesús
Silva-Herzog
Márquez?

Es un destacado ensayista y analista político mexicano, cuya influencia es reconocida en el panorama de las ideas, las letras, y el debate en nuestro país. Su obra, caracterizada por una profunda reflexión sobre la historia y la realidad política de México, lo posiciona como uno de los pensadores más influyentes de su generación.

Originario de una familia con una larga tradición de intelectuales y políticos, Jesús Silva-Herzog Márquez, ha dedicado su vida al estudio y debate sobre la democracia mexicana; es licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, con una maestría en Ciencias Políticas por la Universidad de Columbia. Su formación académica le ha proporcionado una sólida base para analizar los complejos procesos políticos y sociales del país.

Sus análisis destacan por su mirada crítica y rigurosa con que, del mismo modo, aborda una de sus principales preocupaciones: el entendimiento del poder. Su obra explora temáticas tan diversas como la historia de las ideas políticas, el federalismo, el papel del Estado, la representación política, la participación ciudadana, la cultura política, la transición y consolidación democrática. Sus ideas, ampliamente debatidas en el ámbito académico y político, son referente para generaciones de estudiantes, investigadores y activistas.

A lo largo de su trayectoria, ha sido profesor investigador en prestigiosas instituciones como el ITAM y la Escuela de Gobierno del Tecnológico de Monterrey, en las que ha formado a generaciones de analistas políticos y servidores públicos.

Su compromiso con la academia se ha visto reflejado tanto en la docencia, como en la publicación de diversos libros y ensayos ampliamente reconocidos en México y el extranjero, y es que, a decir de una de las instituciones académicas en las que Jesús es catedrático, es el salón de clases el espacio “que más disfruta”, al considerarlo el entorno más creativo para exponer, comprender y compartir —en el contacto con los alumnos— las ideas “en un tiempo en que parecen inservibles”.

Sin duda, la obra de Jesús Silva-Herzog Márquez constituye un legado invaluable. Por tal motivo, el Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco, abre un merecido espacio a uno de los pensadores más destacados de nuestro país, y contribuye a difundir su pensamiento, entre un público más amplio, con la publicación de este primer volúmen de la Serie Para Entenderlos, de la Colección Caleidoscopio, en ocasión de su Conferencia de Invierno, en la Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz.

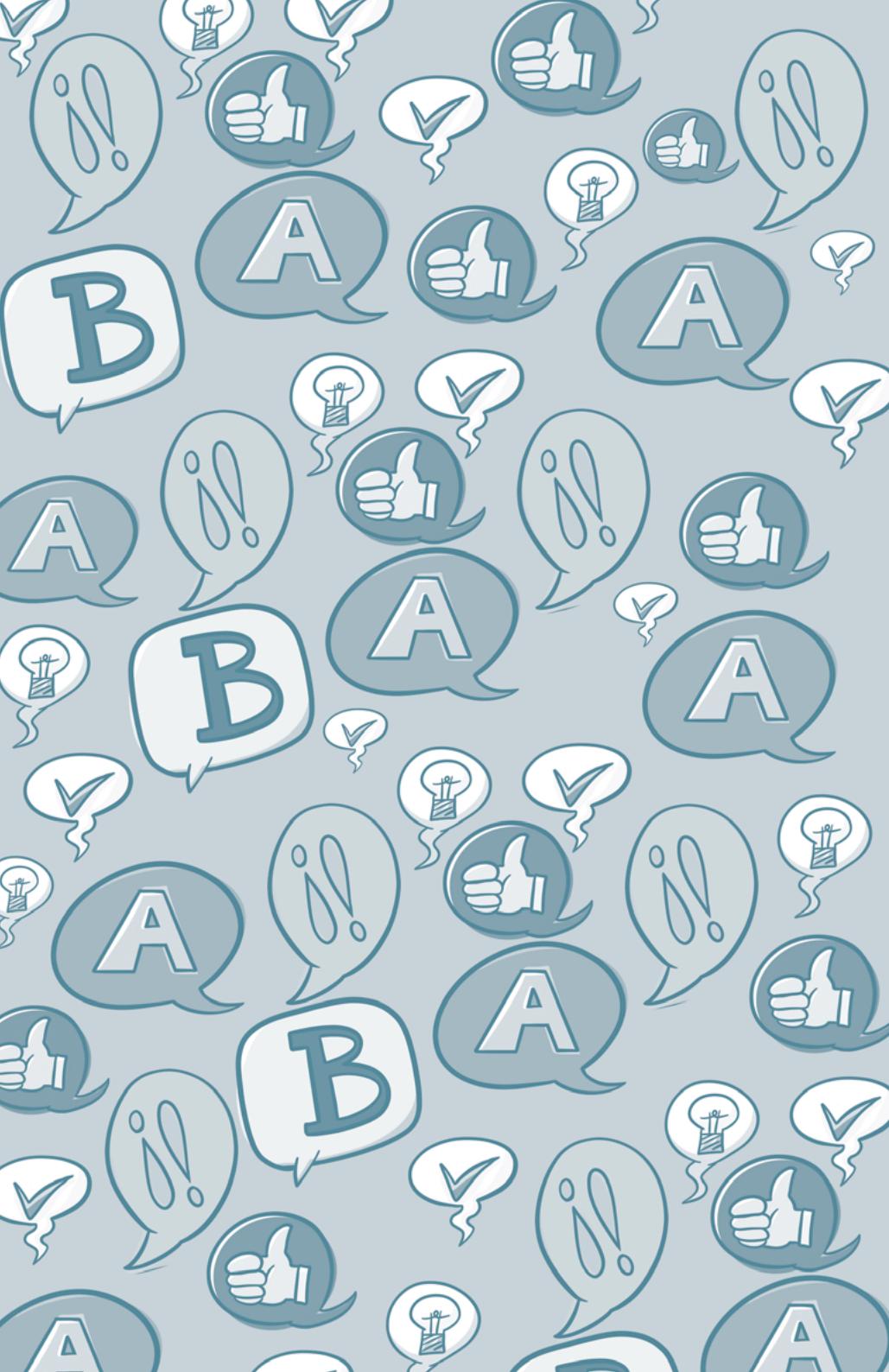
¿Cómo recuperamos la política?
se imprimió en septiembre de 2024
en los talleres de Comercializadora Editorial
de Occidente, SA de CV, Orozco y Berra #229,
Col. La Loma, Guadalajara Jalisco. C.P. 44400.
El tiraje fue de 300 ejemplares.

Cuidado de la edición
Sayani Mozka

Ilustraciones
David López Serret

Diseño y diagramación
Héctor David Pérez López

Corrección
Juan Levid, Nayeli Almaraz



En la búsqueda del otro, en la acción de lograr el consenso en pos de lo que es mejor para todos, o para la mayoría, sin pasar por encima de quienes son minoría o piensan distinto, en este libro Jesús Silva-Herzog Márquez recupera algunas de las nociones sobre política de la filósofa alemana Hannah Arendt. “La política es ese espacio que nos permite a todos, en conjunto, darnos cuenta de qué es lo que queremos todos en común. La política es esa forma de la conversación que, sin sofocar las diferencias décadra una de las personas, logra encontrar un propósito común”. Para saber, para conocer qué es lo que tenemos en común, lo que hace falta —dice nuestro autor— es el diálogo.

En ese propósito de recuperar la política, se ha de estar en la disposición de abrirse al diálogo: al contacto con los otros sin que medie la descalificación y la imposibilidad para el intercambio a otras formas de pensar distintas a la propia.

Con la publicación de este primer título de la Serie *Para Entender-nos*, desde el IEPC Jalisco ponemos al alcance esta publicación sobre la nada fácil tarea de recuperar la política, en el afán de hacer accesible el conocimiento sobre ideas complejas, y que, en este caso, apuntan a la urgente necesidad de desplegar nuestras capacidades cívicas para el fortalecimiento de nuestra democracia y de la convivencia en colectivo.